

LA TROPA
DEL ARCOÍRIS

Andrea Hirata

LA TROPA
DEL ARCOÍRIS

temas[®] de hoy. TH NOVELA

Edición no venal

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Rainbow Troops*, by *Andrea Hirata*

© 2005, by Andrea Hirata

Originally published in Indonesian in 2005 by Bentang Pustaka, Indonesia as *Laskar Pelangi*

First English Translation by Angie Kilbane, published by Bentang Pustaka, Indonesia

© 2009, by Andrea Hirata

First American edition published in the United States by Sarah Crichton Books/Farrar, Straus and Giroux, 2013

© Julio Hermoso, 2013, por la traducción

© Ediciones Planeta Madrid, S. A., 2013

Ediciones Temas de Hoy es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

Paseo de Recoletos, 4, 28001 Madrid

www.temasdehoy.es

www.planetadelibros.com

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Printed in Spain-Impreso en España

*A mi madre, N. A. Masturah Seman, y a mi padre, Seman Said Harun; a mis maestros, Ibu Muslimah Hafsari y Bapak Harfan Effendy Noor, y a mis diez grandes amigos de la infancia, los miembros de Laskar Pelangi:
la tropa del arcoíris*

I

DIEZ ALUMNOS NUEVOS

Aquella mañana, cuando no era más que un crío, me senté en un banco alargado en el exterior de la escuela, a la sombra de la rama de un viejo filícium. Mi padre se sentó a mi lado, me pasó el brazo por los hombros y se dedicó a asentir y sonreír a todos y cada uno de los padres y los niños sentados en el banco que había frente a nosotros. Era un día importante: el primer día de colegio en primaria.

Al final de aquellos largos bancos había una puerta abierta, y tras ella, un aula vacía. El marco de la puerta estaba torcido. La verdad es que la escuela entera estaba inclinada, como si se fuese a caer en cualquier momento. En aquella entrada aguardaban dos maestros en pie, como dos anfitriones que diesen la bienvenida a los invitados a una fiesta. Uno de ellos era un anciano de expresión paciente, Bapak K. A. Harfan Effendy Noor, o Pak Harfan —el director de la escuela—, y el otro una joven con un *jilbab*, un pañuelo en la

cabeza: Ibu N. A. Muslimah Hafsari, o Bu Mus, para abreviar. Al igual que mi padre, ambos sonreían.

Y sin embargo, la sonrisa de Bu Mus era forzada: estaba inquieta; en su semblante había tensión y algún tic nervioso. No dejaba de contar el número de niños sentados en los bancos alargados, tan preocupada que ni siquiera se percataba del sudor que le caía sobre los párpados, le estropeaba el maquillaje y le surcaba el rostro para darle un aspecto semejante al de la sierva de la reina en *Dul Muluk*, una antigua obra de teatro de nuestra aldea.

—Nueve, solo nueve, Pamanda Guru, aún falta uno —dijo llena de inquietud al director. Pak Harfan posó en ella la mirada vacía que había en sus ojos.

Yo también empecé a sentir preocupación. Preocupación a causa de la inquietud de Bu Mus y también porque sentía que la carga de mi padre se iba extendiendo por todo mi cuerpo. Por mucho que esa mañana pareciese relajado, su brazo áspero alrededor de mi cuello delataba el elevado ritmo de su pulso. Para un minero de cuarenta y siete años con numerosa descendencia y un salario reducido no era nada fácil llevar a su hijo a la escuela. Le hubiera resultado más sencillo mandarme de ayudante a un puesto chino de ultramarinos en el mercado, o a la costa a trabajar de culi para así echar una mano y aliviar las cargas económicas de la familia. Enviar a un hijo a la escuela le suponía encadenarse a años de gastos, y para nuestra familia eso no era tarea fácil.

Mi pobre padre.

No tuve la suficiente presencia de ánimo como para mirarle a los ojos.

Mi padre no era el único que estaba temblando. Los rostros de los demás progenitores dejaban ver que sus pensamientos, al igual que los de mi padre, divagaban por la senda que conducía al mercado matinal: imaginaban lo bien que vendrían sus hijos como mano de obra. Aquellos padres no estaban convencidos de que la educación de sus niños —que solo podían permitirse hasta los años previos al instituto— fuese a alumbrar un mejor futuro para sus familias. Esa mañana estaban en la escuela por obligación, ya fuera con el fin de evitar las reprimendas de los funcionarios del gobierno por no enviar a sus hijos a clase, o para ceder ante las exigencias del mundo moderno de que liberasen a su descendencia del analfabetismo.

Conocía a todos los niños y padres que tenía sentados frente a mí a excepción de un crío bajito y sucio con el pelo rizado y rojizo que trataba de zafarse de la sujeción de su padre, un hombre que iba descalzo y vestía unos pantalones baratos de algodón.

El resto eran mis buenos amigos. Como Trapani, sentado sobre el regazo de su madre; o Kucai, junto a su padre; o Sahara, que un rato antes se había enfadado mucho con su madre porque quería entrar en clase en seguida; o Syahdan, que había venido sin la menor compañía. Éramos vecinos, malayos de Belitung, de la comunidad más pobre de toda la isla. En cuanto al colegio, la escuela de enseñanza primaria de la Muhammadiyah, era también el más pobre, la escuela

rural más pobre de Belitung. Solo había tres motivos por los que los padres llevaban allí a sus hijos: primero, en la Muhammadiyah no se pagaba matrícula, y los padres podían aportar lo que fuese que estuviera a su alcance y cuando pudiesen; segundo, los padres temían que sus hijos fuesen de carácter débil, y el diablo fuera a descarriarlos con facilidad, de modo que querían que recibiesen una sólida guía espiritual islámica desde muy temprana edad; y tercero, a sus hijos no los aceptaban en ninguna otra escuela.

La mirada de Bu Mus —cuya preocupación no cesaba de crecer— se perdía hacia la calle principal con la esperanza de que tal vez llegara otro alumno nuevo. Nos asustaba ver su desesperación. El Departamento de Educación y Cultura del Sur de Sumatra había enviado una advertencia: llegado el caso de que la escuela de enseñanza primaria de la Muhammadiyah tuviese menos de diez alumnos nuevos, entonces esta, la escuela más antigua de Belitung, cerraría sus puertas. De ahí la preocupación de Bu Mus y Pak Harfan ante el cierre, la preocupación de los padres ante los costes, y nuestra preocupación —la de los nueve críos atrapados en el medio— ante la posibilidad de no llegar siquiera a pisar un aula.

El año anterior, la Muhammadiyah había contado tan solo con once alumnos nuevos, y Pak Harfan afrontaba aquel año con pesimismo. En secreto, había preparado un discurso de clausura de la escuela.

—Esperaremos hasta las once en punto —dijo Pak Harfan a Bu Mus y a unos padres ya desesperanzados.

Guardamos silencio. Bu Mus tenía el rostro hinchado de tanto contener las lágrimas; aquel era su primer día como maestra, momento con el que había soñado durante largo tiempo. Se acababa de graduar por la Sekolah Kepandaian Putri —la Escuela de Formación Profesional para Señoritas—, un instituto de secundaria de la capital de la regencia, Tanjung Pandan. Tenía solo quince años. Aguardaba en pie, como una estatua, bajo la campana, con los ojos clavados en el amplio patio del colegio y la calle principal. No aparecía nadie. El sol se alzó en el cielo para alcanzar el mediodía. Esperar la llegada de otro alumno era como intentar capturar el viento.

Los demás niños y yo nos quedamos abatidos. Cabizbajos.

A las once menos cinco, Bu Mus no pudo seguir ocultando su desánimo. Todos sus grandes sueños para aquella escuela pequeña y pobre estaban a punto de derrumbarse antes de haber empezado a erigirse siquiera, y la fidelidad de los treinta y dos años de servicio no remunerado de Pak Harfan iba a recibir su punto final.

—Solo nueve, Pamanda Guru —dijo Bu Mus, que no pensaba con claridad y repetía aquello mismo que todo el mundo ya sabía.

Por fin, se acabó el tiempo. Eran ya las once y cinco, y el número de alumnos nuevos no alcanzaba aún los diez. Me quité de los hombros el brazo de mi padre. Sahara sollozó en el abrazo de su madre; vestía calcetines y zapatos, un *jilbab* y un blusón, y también tenía libros, una botella de agua y una mochila: era todo nuevo.

Pak Harfan se acercó a los padres y fue saludándolos uno a uno. Era demoledor. Ellos le daban palmaditas en la espalda para consolarlo, y los ojos de Bu Mus refulgían cargados de lágrimas. Pak Harfan se dispuso a dar su discurso final. Cuando fue a decir sus primeras palabras —«*Assalamu'alaikum*. La paz sea con vosotros»—, Trapani sorprendió a todo el mundo con un grito y señaló hacia el fondo del patio del colegio.

—¡Harun!

Nos dimos la vuelta para mirar. En la distancia había un chico alto y delgado que se dirigía hacia nosotros con torpeza. Venía con el peinado y la ropa muy arreglados: vestía camisa blanca de manga larga remetida por dentro de los pantalones cortos. Las rodillas se le golpeaban al caminar y formaban una X conforme se aproximaba tambaleándose. Una mujer regordeta de mediana edad intentaba mantenerse agarrada a él no sin grandes dificultades. Aquel niño era Harun, un chaval muy gracioso y uno de nuestros buenos amigos. Ya tenía quince años, los mismos que Bu Mus, pero iba un poco por detrás en lo referente al aspecto mental. Venía feliz en extremo y a medio correr, como si no pudiese aguantarse las ganas de llegar hasta nosotros. Su madre lo seguía a trompicones, en su intento por no soltarle la mano.

Cuando llegaron ante Pak Harfan, se encontraban ambos prácticamente exhaustos.

—Bapak Guru —dijo su madre al tiempo que boqueaba en busca de resuello—. Acepte, por favor, a Harun. La es-

cuela de educación especial está allá lejos, en la isla de Bangka. No tenemos dinero para enviarlo allí, y lo más importante, es mejor que esté en esta escuela en lugar de quedarse en casa, donde lo único que hace es perseguir a mis pollos.

Harun sonrió de oreja a oreja y mostró sus largos dientes amarillos.

Pak Harfan también sonreía. Levantó la mirada hacia Bu Mus y se encogió de hombros.

—Ya son diez —dijo.

Harun nos había salvado. Rompimos a aplaudir y a celebrarlo a voces. Sahara, que ya no podía permanecer sentada, se levantó, se puso muy recta para arreglarse los pliegues del *jilbab* y tiró con firmeza de la mochila. Bu Mus se ruborizó, las lágrimas remitieron y se limpió el sudor del maquillaje corrido por todo su rostro.

EL HOMBRE PINO

Bu Mus tenía el aspecto de un brote de lirio gigante del Himalaya: su velo era de un color lila blanquecino muy suave, y su ropa desprendía el olor a vainilla que emana de esa flor. Se dirigió hacia cada uno de los padres sentados en los bancos alargados y charló con ellos de manera amistosa antes de pasar lista. Todo el mundo estaba ya dentro de la clase y tenía asignado su compañero de pupitre, excepto yo, y también aquel niño bajito y sucio de rizos pelirrojos al que no conocía. Era incapaz de sentarse quieto, y olía a goma quemada.

—Pak Cik, su hijo compartirá pupitre con Lintang —dijo Bu Mus a mi padre.

Ah, entonces se llamaba así, Lintang. Qué nombre tan extraño.

Al oír la decisión, Lintang consiguió zafarse y liberarse de la sujeción de su padre, se dejó caer y entró disparado en el aula a buscar su sitio por su cuenta. Era como un crío mon-

tado en un poni: estaba encantado y no se quería bajar. Acababa de dar un salto sobre el destino para coger el toro de la educación por los cuernos.

Bu Mus se acercó al padre de Lintang. Tenía el aspecto de un pino sacudido por un rayo: negro, tieso, delgado y mustio. Era pescador, aunque su rostro fuese como el de una especie de pastor, y dejaba ver que se trataba de un hombre amable, esperanzado y de buen corazón. Al contrario que otros pescadores, hablaba en voz callada. De todas formas, y como la mayoría de los indonesios, no era consciente de que la educación es uno de los derechos humanos fundamentales.

La familia de Lintang era de Tanjung Kelumpang, un pueblecito no lejos del mar. Para llegar allí, tenías que atravesar cuatro zonas de espesura de palmeras, áreas pantanosas que ponían los pelos de punta a la gente de nuestro pueblo. En aquellos palmerales tétricos no era en absoluto extraño encontrarse con un cocodrilo del tamaño de un cocotero cruzando la carretera. La aldea costera de Lintang se hallaba en la porción más oriental de Sumatra, de la que bien se podría decir que constituía la zona más aislada y empobrecida de la isla de Belitung. Para Lintang, el distrito urbano de nuestra escuela era como una metrópoli, y para llegar allí, tenía que iniciar su viaje en bicicleta a la hora del Subuh —la oración matinal—, hacia las cuatro de la madrugada.

No cabía la menor duda de que ninguna de las generaciones anteriores de hombres de su familia había logrado

salir de la pobreza, y, de manera inevitable, se convertían en pescadores de la comunidad malaya. Estos pescadores no tenían la posibilidad de trabajar por su cuenta, y no por falta de mar, sino por falta de barcos. Aquel año, el padre de Lintang quiso romper tal círculo: su primogénito no se convertiría en un pescador como él, sino que Lintang se sentaría junto al otro niño bajito con el pelo rizado —yo— e iría y volvería de la escuela en bicicleta todos los días. Si su verdadera vocación era la de ser pescador, entonces sería el viaje de cuarenta kilómetros por un camino de gravilla roja el que quebraría su determinación. Aquel olor a quemado que había percibido antes era en realidad el olor de sus sandalias *cunghai*, hechas de neumático de coche. Estaban desgastadas después de todo el tiempo que Lintang había pasado pedaleando. Ay, un niño tan pequeño...

Cuando llegué junto a Lintang dentro del aula, me saludó con un fuerte apretón de manos. Hablaba sin parar, lleno de interés, en un gracioso dialecto de Belitung típico de la gente de las zonas remotas. Sus ojos brillaban encendidos mientras su animada mirada recorría la sala. Era como una planta de artillería, que dispara polen cuando le caen gotas de agua en los pétalos: fulgurante, floreciente y repleto de vida.

Bu Mus repartió entonces una serie de formularios entre los padres para que indicasen su nombre, profesión y domicilio, y todos se afanaron en rellenarlos excepto el padre de

Lintang. El formulario era un objeto extraño en sus manos, y se puso en pie con una expresión de perplejidad.

—Ibu Guru —dijo lentamente—, perdóneme, pero no sé leer ni escribir.

El padre de Lintang añadió lastimero a continuación que ni siquiera conocía el año de su nacimiento. De repente, Lintang se levantó de su asiento y fue hasta su padre, le arrebató el formulario de las manos y exclamó:

—¡Yo seré quien rellene este formulario más adelante, Ibunda Guru, cuando haya aprendido a leer y escribir!

Todo el mundo se quedó sorprendido al ver a Lintang, un niño tan pequeño, defender a su padre. No paraba de girar la cabeza como hacen los búhos, le resultaba absolutamente increíble la miscelánea de objetos que había en nuestra aula: una regla de madera, una vasija de barro que había sobre la mesa de Bu Mus y que había hecho un alumno de sexto curso como trabajo de manualidades, la pizarra a la antigua usanza y los trozos de tiza desperdigados por el suelo de la clase, algunos de los cuales estaban machacados y habían vuelto a su condición de polvo.

El hombre pino observaba con una sonrisa agridulce cómo su hijo se emocionaba cada vez más. Y lo entendí. Se trataba de un hombre que ni siquiera sabía el día de su propio cumpleaños y que se imaginaba cómo le partiría el alma a su hijo si por culpa de los clásicos motivos económicos o las injustas exigencias de la vida tuviese que forzarle a dejar la escuela en los últimos años de enseñanza previos al instituto. Para él, la educación era un enigma.

Aquella mañana permanecería conmigo durante decenas de años. Aquella mañana vi cómo Lintang agarraba con torpeza un lápiz enorme y sin punta como si sujetara un cuchillo muy grande. Su padre le había comprado el tipo incorrecto de lápiz, de dos colores diferentes, rojo en un extremo y azul en el otro. ¿No eran esos los que usaban los sastres para marcar las telas? ¿O los zapateros para marcar el cuero? Fuera el tipo de lápiz que fuese, desde luego que no era para escribir.

El libro que le había comprado tampoco era el correcto. Tenía la cubierta de color azul oscuro y venía pautado con tres líneas. ¿No era ese el libro que usaríamos en segundo curso, cuando aprendiésemos a escribir en cursiva? Pero lo que nunca olvidaré es que, esa mañana, vi a un crío de la costa —mi compañero de pupitre— sujetar un libro y un lápiz por vez primera. Y en los años venideros, todo lo que ese niño escribiese sería el fruto de una mente brillante, y cada frase que dijera actuaría como una luz cegadora. Y con el paso del tiempo, el fulgor de aquel niño pobre de la costa superaría el oscuro nimbo que durante tanto tiempo había sumido su escuela en la penumbra, y se convertiría en la persona más brillante que jamás haya conocido en todos los años de mi vida.

LA VITRINA

No resulta muy difícil describir nuestra escuela. Era una entre los cientos —quizá miles, incluso— de escuelas pobres de Indonesia que se vendrían abajo en pedazos si las embistiese un macho cabrío en los prolegómenos de su rito de apareamiento.

Solo teníamos dos maestros para todas las materias y cursos. No teníamos uniformes. Ni siquiera teníamos aseo; nuestra escuela se encontraba en el límite de la selva, de manera que, cuando se producía la llamada de la naturaleza, lo único que había que hacer era meterse entre los arbustos. Había también un retrete en una caseta exterior, pero allí tenía que acompañarnos un maestro, porque las serpientes merodeaban allí dentro.

Tampoco teníamos botiquín de primeros auxilios. Si nos poníamos malos, fuera lo que fuese —diarrea, una hinchazón, tos, gripe o picores—, el maestro nos daba una píldora grande y redonda que parecía el botón de un impermeable.

Era de color blanco y sabor amargo, y después de tomártela te sentías lleno. Cada píldora tenía grabadas tres letras enormes: «AFC», aspirina, fenacetina y cafeína, y estas píldoras AFC se hicieron legendarias en los alrededores de Belitung como la medicina mágica capaz de curar cualquier enfermedad, un «curalotodo» genérico que constituía la solución del gobierno a la hora de paliar la carencia de medios sanitarios para los pobres.

Rara vez recibía nuestra escuela la visita de funcionarios, inspectores escolares o miembros de la asamblea legislativa. La única visita de rutina era la de un hombre que venía vestido como un ninja. Llevaba un tubo grande de aluminio a la espalda del que colgaba una manguera. Se diría que iba a viajar a la luna. Aquel señor era un enviado del Departamento de Sanidad para fumigar un gas químico contra los mosquitos. Siempre que se elevaban aquellas nubes de humo blanco como si fueran señales, lo celebrábamos y gritábamos de alegría.

La escuela no tenía guarda porque no había nada que mereciese la pena robar. Un mástil amarillo de bambú era el único indicativo de que el edificio fuese un colegio, y de ese mástil colgaba torcida una pizarra verde con un sol y unos rayos blancos. En el centro se leía:

SD MD

Sekolah Dasar Muhammadiyah

Justo debajo del sol había una frase escrita en árabe, y después de lograr el dominio del árabe, en segundo curso,

supe que dicha frase decía: *Amar makruf nahi mungkar*, que significaba: «Haz el bien y evita el mal», el principio fundamental de la Muhammadiyah, la segunda organización islámica más grande de Indonesia, con más de treinta millones de miembros. Estas palabras quedaron grabadas en nuestras almas, y allí permanecieron durante el viaje hacia la edad adulta; nos las conocíamos como la palma de nuestras propias manos.

Vista desde lejos, nuestra escuela parecía venirse abajo. Las viejas vigas de madera estaban inclinadas, incapaces de soportar la carga de un techo pesado. Parecía un cobertizo de copra, y el proceso de construcción del edificio no había seguido los debidos principios arquitectónicos. Las ventanas y la puerta no se podían cerrar porque no quedaban alineadas con sus respectivos marcos, pero tampoco es que hiciera falta cerrarlas nunca.

El ambiente en el interior del aula se podría describir con términos como estos: «infrautilizado», «asombroso» y «amargamente conmovedor». Para infrautilización, entre otras cosas, la de esa vitrina desvencijada con una puerta que se abría sola. Lo único capaz de mantenerla cerrada era una cuña de papel. En una clase en condiciones, tal vitrina contendría fotografías de los alumnos sobresalientes o del director con el ministro de Educación, o del subdirector con el viceministro de Educación; o quizá se utilizase para mostrar placas conmemorativas, medallas, certificados o trofeos correspondientes a los prestigiosos logros de la institución, pero en nuestra escuela, aquella vitrina tan grande descansaba intacta

ta en un rincón. Era un complemento patético, totalmente vacío de contenido porque ningún funcionario del gobierno quería visitar nuestra escuela, no había alumnos graduados de los que enorgullecerse, y desde luego que no habíamos alcanzado ningún logro de prestigio aún.

Al contrario que en otras aulas de enseñanza primaria, en la nuestra no había ninguna tabla de multiplicar. Tampoco teníamos calendario. Ni siquiera teníamos un retrato del presidente y el vicepresidente de Indonesia, o el escudo de nuestro estado: ese pájaro tan extraño con ocho plumas en la cola y que siempre está mirando hacia la derecha. Lo único que había colgado en nuestra clase era un póster. Se encontraba justo detrás de la mesa de Bu Mus, y estaba allí para tapar un agujero que había en uno de los tablones de la pared. El póster mostraba la imagen de un hombre con una barba poblada que vestía una túnica larga y suelta y llevaba una guitarra colgada del hombro con mucho estilo. Tenía los ojos encendidos en una mirada melancólica, como si ya hubiese experimentado los tremendos padecimientos de la vida, y revelaba una aparente determinación para plantar cara a tanta vileza sobre la faz de esta tierra. Echaba un vistazo al cielo: de allí caía un montón de dinero sobre su rostro. Era Rhoma Irama, el cantante dangdut, un ídolo del folk malayo: nuestro Elvis Presley. En la parte inferior del póster había una frase que no fui capaz de entender recién llegado a la escuela, pero en segundo curso, cuando aprendí a leer, me enteré de que exclamaba: RHOMA IRAMA, HUJAN DUIT! «¡Rhoma Irama, lluvia de dinero!».

Imaginémonos los peores problemas para un aula de primaria: un techo con unas grietas tan grandes que los alumnos veían volar los aviones y tenían que estudiar bajo un paraguas en los días de lluvia; un suelo de cemento que se descomponía por todas partes y quedaba reducido a arena; vientos tan fuertes que hacían temblar el alma de unos niños atemorizados ante el posible derrumbe de la escuela; y unos alumnos que querían entrar en clase, pero antes tenían que sacar las cabras del aula. Nosotros pasamos por todo eso.

UN OSO PARDO

Igual que sucede con nuestra escuela, describir a Pak Harfan es fácil. Su denso bigote conectaba con una barba espesa de color castaño apagado y salpicada de gris. Su rostro, en resumen, daba un poco de miedo.

Si alguien preguntase a Pak Harfan por los enredos de su barba, él ni siquiera se molestaría en contestar, sino que le entregaría un ejemplar del libro titulado *Keutamaan Memelihara Jenggot*, o *La excelencia en el cuidado de la barba*. Tan solo la lectura de la introducción bastaba para que cualquiera se avergonzase de haber hecho tal pregunta en primera instancia.

Aquel primer día, Pak Harfan vestía una simple camisa que en algún momento debió de haber sido verde, pero que ahora era blanca; eso sí, conservaba ciertas sombras tenues de color. Su camiseta interior estaba llena de agujeros, y los pantalones, descoloridos después de haberlos lavado tantísimas veces. El cinturón trenzado de plástico barato que abra-

zaba su cuerpo contaba con innumerables orificios: quizá lo tuviese desde que era un muchacho. Por el bien de la educación islámica, Pak Harfan llevaba décadas sin cobrar al servicio de la escuela de la Muhammadiyah. Mantenía a su familia con el huerto que tenía en el patio de su casa.

Como el aspecto de Pak Harfan era tan similar al de un oso pardo, a los niños pequeños les daba un síncope solo con verle, pero se ganó nuestros corazones casi al instante. Nos tenía fascinados con cada palabra y cada gesto. Ejercía una influencia de bondad y amabilidad. Su comportamiento era el del hombre sabio y valeroso que había atravesado las amargas dificultades de la vida, que poseía un conocimiento tan vasto como el océano, que estaba dispuesto a asumir riesgos y que sentía un interés verdadero por explicar las cosas de tal modo que los demás pudieran comprenderlas.

Aquel mismo día, el primero, ya vimos que Pak Harfan se hallaba en su elemento frente a una clase. Era un gurú en el auténtico sentido de la palabra, en su significado hindi: una persona que no se limita a transferir conocimiento, sino que es también amigo y guía espiritual de sus alumnos. A menudo alzaba y bajaba la entonación, se apoyaba en los bordes de su mesa al poner énfasis en ciertas palabras para después elevar los brazos al cielo como quien interpreta la danza de la lluvia.

Cuando le hacíamos preguntas en clase, corría hacia nosotros con pasos pequeños y nos observaba de una manera elocuente con aquella calma de su mirada, como si fuésemos los más valiosos de entre los niños malayos. Nos susurraba al

oído, recitaba poesía y versos coránicos con fluidez, y después guardaba silencio, como si estuviera soñando despierto con un amor perdido largo tiempo atrás.

Nuestra primera lección a cargo de Pak Harfan consistió en perseverar con firmeza, convicción y un fuerte deseo para alcanzar nuestros sueños. Nos convenció de que se puede vivir con felicidad aun en la pobreza siempre que uno dé con alegría —en lugar de recibir— tanto como pueda.

Cuando él hablaba, nosotros escuchábamos atrapados en un encantamiento y una observación minuciosos, en una impaciente espera de su siguiente cadena de palabras. Me sentí increíblemente afortunado de estar allí, entre aquella gente tan asombrosa. Había belleza en esa escuela humilde, una belleza que no cambiaría ni por mil colegios lujosos.

Bu Mus tomó entonces el mando de la clase. Las presentaciones. Uno por uno, todos los alumnos salimos a la palestra y nos presentamos. Finalmente, llegó el turno de A Kiong. La profesora le pidió que se levantara y saliese a la parte frontal del aula, y él lo hizo encantado. Entre sollozos, sonreía.

—Por favor, di tu nombre y dirección —indicó Bu Mus con gentileza al chico hokkien.

A Kiong, entre vacilaciones, se quedó mirando fijamente a Bu Mus y después volvió a sonreír. Su padre se abrió paso entre el grupo de los familiares; deseaba ver a su hijo en acción. Sin embargo, y por más que se le pedía con insistencia, A Kiong no decía una palabra. Se limitaba a no dejar de sonreír.

—Adelante —le dio pie Bu Mus de nuevo.

A Kiong respondió tan solo con una sonrisa. Miraba continuamente a su padre, que parecía estar impacientándose con cada segundo que pasaba. Se podía leer el pensamiento del padre: «¡Vamos, hijo, haz fuerte tu corazón y di tu nombre! ¡Por lo menos di el nombre de tu padre, solo una vez! ¡No avergüences a los hokkien!». El padre chino tenía un rostro amable. Era un campesino, el estatus más bajo dentro de la escala social de los chinos de Belitung.

Bu Mus intentó convencerle una vez más.

—Muy bien, esta es tu última oportunidad de presentarte. Si no estás preparado aún, tendrás que regresar a tu sitio.

Pero en lugar de mostrar desánimo ante su incapacidad para responder, A Kiong se puso todavía más contento. No dijo absolutamente nada. Tenía una sonrisa de oreja a oreja, y en sus mofletes de ardilla brillaba el color. Lección número dos: no le preguntes su nombre y dirección a alguien que vive en una granja.

Y así finalizaron las presentaciones en aquel memorable mes de febrero.

La isla de Belitung

La pequeña Belitung es la isla más rica de Indonesia. Aunque forma parte de Sumatra, se separó a causa de su riqueza. Procedente de Malaca, la ancestral cultura malaya se introdujo en aquella isla remota que ocultó un secreto hasta que lo desvelaron los holandeses. Muy profundo, bajo las tierras pantanosas, fluía un tesoro: estaño. Bendito estaño. Un puñado valía más que docenas de cubos de arroz.

Si uno hundía el brazo en la superficie del bajío aluvial, o prácticamente en cualquier sitio, lo extraería reluciente y bañado en estaño. Vista desde la costa, Belitung centelleaba por el brillo del estaño, como un faro que guiase a los capitanes de los barcos.

El estaño brillaba hasta bien entrada la noche. Las explotaciones del mineral a gran escala no se detenían, y se lleva-

ban a cabo bajo miles de luces que consumían millones de kilovatios de energía.

Y bendita sea la tierra donde fluya el estaño, porque a este lo acompañan siempre otros materiales: arcillas, xenotima, circonio, oro, plata, topacio, galena, cobre, cuarzo, sílice, granito, monacita, ilmenita, siderita y hematita. Incluso teníamos uranio. Capas y capas de riqueza descansaban bajo los pilotes de las casas elevadas donde se desarrollaban nuestras vidas de privación. Nosotros, los nativos de Belitung, éramos como una manada de ratas hambrientas en un granero repleto de arroz.

La Finca

La explotación de un recurso natural tan magnífico estaba a cargo de una compañía denominada PN Timah. *PN* es la abreviatura de *Perusahaan Negeri*, «Compañía Nacional», que es propiedad del estado; *timah* significa «estaño».

La PN contaba con dieciséis dragas mecánicas en funcionamiento, de manera que la compañía absorbía casi toda la mano de obra de la isla.

Las cucharas de acero de las dragas eran tan largas como un campo de fútbol, y no había nada capaz de interponerse en su camino. Machacaban arrecifes de coral, tumbaban árboles con el tronco del tamaño de una casa pequeña, demolían edificios de ladrillo de un solo golpe y pulverizaban por completo una aldea entera. Recorrían colinas, campos, va-

lles, mares, lagos, ríos y marismas, y sus dragados sonaban como el rugido de un dinosaurio.

Teníamos la costumbre de apostarnos bobadas, como cuántos minutos tardaría una draga mecánica en convertir una colina en un campo llano, y al perdedor le tocaba regresar a casa caminando de espaldas desde la escuela. Los demás le seguíamos detrás, tocando unos tamborcillos, mientras que el otro caminaba de espaldas con la torpeza de un pingüino.

El gobierno de Indonesia nacionalizó la PN de manos de los colonos holandeses, y no solo absorbió sus bienes, sino también su mentalidad feudal. Aun después de que Indonesia lograra la independencia, la manera que la PN tenía de tratar a sus empleados nativos seguía siendo muy discriminatoria, y este tratamiento difería en función de ciertos grupos similares a las castas.

La casta superior la ocupaban los ejecutivos de la compañía, a los que se solía llamar «el Staff», y quienes formaban la casta más baja de todas no eran otros que nuestros padres, que trabajaban para la PN como portadores de tubería, en la dura labor del tamizado del estaño, o como trabajadores jornaleros. Dado que Belitung ya se había convertido en una aldea corporativa, la PN fue adoptando paulatinamente la forma de una hegemonía. Era como el feudalismo: la casta de un trabajador de la PN seguía marcándolo fuera de su horario laboral.

El Staff—entre los cuales no había prácticamente ningún malayo de Belitung— vivía en una zona elitista llamada *la*

Finca. Aquel lugar se encontraba fuertemente protegido por guardias de seguridad, alambradas, muros altos y unas severas advertencias colocadas por todas partes en postes y en tres idiomas: indonesio formal al estilo colonial, chino y neerlandés. Los carteles decían: PROHIBIDO EL PASO A QUIENES NO TIENEN DERECHO.

A nuestros ojos —los ojos de los niños de una aldea pobre— era como si la Finca nos dijese: «Mantened las distancias». Tal impresión se veía reforzada por una hilera de altos árboles de hoja pinnada que dejaban caer bolitas de color rojo vivo sobre los techos de los coches caros que atestaban la salida del garaje.

Las lujosas casas de la Finca estaban construidas en un estilo victoriano. Tenían cortinas en capas que parecían pantallas de cine, y en su interior vivían de manera pacífica familias reducidas, con dos o quizá tres hijos a lo sumo. Esas casas eran siempre un remanso de paz, oscuras y acalladas.

La Finca se hallaba situada sobre una curva elevada del terreno que otorgaba a sus casas victorianas la apariencia de los castillos de la nobleza. Cada casa consistía en cuatro estructuras independientes: las habitaciones principales, el alojamiento del servicio, el garaje y la zona de almacenaje. Todas ellas estaban comunicadas por unas largas terrazas abiertas que bordeaban un estanque pequeño. Hacia el límite del estanque, rodeándolo, flotaban unos nenúfares azules, y en el centro se erguía la estatua de un niño regordete, el legendario muñeco belga que hace pis y siempre echa agua por esa cosita suya que hace una gracia tan vergonzosa.

Los salones estaban repletos de muebles antiguos, como por ejemplo sofás victorianos de palisandro: al sentarte en uno de esos, te sientes como un monarca exaltado. De las paredes cuelgan unos cuadros caros y abstrusos. Y, buen amigo, si estuvieras intentando llegar al comedor desde la sala de estar y no hubieras prestado atención, te perderías, tal es la abundancia de puertas en estas residencias.

Sus ocupantes vestían sus mejores galas para cenar: incluso llevaban los zapatos puestos al sentarse a la mesa. Tras colocarse la servilleta en el regazo, comían sin levantar la mirada mientras escuchaban música clásica, tal vez la sinfonía Haffner n.º 35 en re mayor de Mozart. Y nadie ponía los codos sobre la mesa.

En aquella noche serena, una inmensa quietud envolvía la Finca. Había un silencio casi absoluto. El sonido de un piano se escapaba de uno de aquellos hogares victorianos de altas columnas. Una pequeña de aspecto poco femenino —Floriana, o Flo para abreviar— recibía una clase de música. Por desgracia, parecía un poco somnolienta. Reposaba el mentón sobre sus dos manos, y bostezaba una vez tras otra. Era como un gato que hubiese dormido demasiado.

Su padre, un Mollen Bas, responsable de todas las dragas, se sentaba junto a ella. Estaba furioso por su comportamiento, y también avergonzado delante de la profesora particular de piano, una mujer javanesa de mediana edad y muy educada.

El padre de Flo era capaz de gestionar los turnos de cientos de trabajadores, un hombre competente a la hora de resolver los problemas técnicos de mayor dificultad, exitoso cuando se trataba de supervisar activos valorados en un millón de dólares, pero al enfrentarse con aquella niña pequeña, la menor de su familia, se veía al borde de la rendición. Cuanto más sonoras las reprimendas del padre, más pronunciados los bostezos de la hija.

La profesora comenzó con las notas do, mi, sol, si, desplazándose sobre cuatro octavas y mostrándole la posición de los dedos para cada nota. Flo volvió a bostezar.

La escuela de la PN

La escuela de la PN se encontraba dentro del complejo de la Finca, y era un «centro de excelencia», un lugar para los mejores. Cientos de alumnos muy cualificados competían al nivel más alto en aquel colegio, y Flo era uno de ellos.

La diferencia entre esta escuela y la nuestra se asemejaba a la diferencia entre el cielo y la tierra. Las aulas de la PN estaban decoradas con pósters educativos, tablas básicas de matemáticas, la tabla periódica, mapamundis, termómetros, fotos del presidente y el vicepresidente, y el heroico emblema nacional, incluido el pájaro extraño de las ocho plumas en la cola. También había maniqués de anatomía, grandes globos terráqueos y maquetas del sistema solar. No utilizaban tiza, sino unos rotuladores olorosos, porque su pizarra era blanca.

—Tienen montones de maestros —me contó Bang Amran Isnaini, que había ido a clase allí una vez, la noche antes de mi primer día en la Muhammadiyah—. Tienen maestros independientes para cada asignatura, aunque estés en primero.

Esa noche no pude dormir, me mareé mucho intentando contar cuántos maestros había en la escuela de la PN; y también, desde luego, por lo emocionado que estaba: iba a empezar el colegio al día siguiente.

La escuela de la PN era el club más discriminatorio de Belitung. El primer día de clase, había decenas de coches haciendo cola delante del colegio. Tomaban medidas a cientos de alumnos no para uno, sino para tres uniformes distintos. Los lunes vestían camisas azules con un estampado floral muy hermoso. Y los recogía un autobús de color azul. Ver a los alumnos de la PN bajarse del autobús me recordaba la imagen de un grupo de niños blancos muy monos, pequeños y con alas que salían flotando de las nubes en los calendarios cristianos.

Esta escuela aceptaba solo a los hijos de los miembros del Staff que vivían en la Finca, y había una norma oficial que regulaba qué rango de empleados podía inscribir a sus hijos en ella. Y en la verja, por supuesto, colgaba esa advertencia de que no entraras a menos que tuvieses derecho.

Esto significaba que los hijos de los pescadores, de los portadores de tubería, de aquellos en la dura labor del tamizado del estaño, o de los trabajadores jornaleros —como nuestros padres— y en especial los niños nativos de Beli-

tung, no tenían la menor oportunidad de recibir una buena educación. Si querían ir al colegio, tenían que asistir a la escuela de la Muhammadiyah de la aldea, esa que, con la caricia de una leve ráfaga de viento, podía venirse abajo.

Esto era lo más paradójico de nuestras vidas, que la gloria de la Finca y el glamur de la escuela de la PN se financiaban céntimo a céntimo con el estaño arrancado de nuestra tierra. La Finca era un lugar emblemático de Belitung levantado para continuar el tenebroso sueño de la expansión colonialista. Su fin era dar a unas pocas personas el poder para oprimir a muchas, educar a unas pocas personas con el objetivo de hacer más dóciles al resto.

LOS QUE NO TIENEN DERECHO

Sin duda alguna, si uno alejase el zoom de su mirada, nuestra aldea parecería la más rica del mundo. La cantidad de minas desperdigadas por el terreno era inimaginable, y allí se invertían billones de rupias. Aun así, al volver a mirar más de cerca, la riqueza de la isla se veía claramente atrapada en un lugar, amontonada en el interior de los muros de la fortaleza de la Finca.

En el exterior, apenas a un paso de distancia de dicha fortaleza, se extendía un panorama sorprendentemente contradictorio, como un pollo sentado junto a un pavo real. Allí vivían los nativos malayos de Belitung, que si no tenían ocho hijos, es que no habían terminado aún de intentarlo. Culpan al gobierno de no haberles proporcionado el suficiente ocio, de manera que por las noches no tenían nada que hacer aparte de hijos.

Sería una exageración decir que nuestra aldea era un poblado de chabolas, pero no sería un error decir que se trataba

de una aldea de peones oscurecida por un eclipse interminable, desde los albores de la Revolución Industrial. La isla de Belitung, uno de los primeros lugares de Indonesia que ocuparon los holandeses, llevaba oprimida siete generaciones cuando, en un abrir y cerrar de ojos, cientos de años de miseria quedaron en una sola noche por una lluvia torrencial: la llegada de los japoneses.

Después de trescientos cincuenta años, los holandeses dieron los buenos días, y los japoneses gritaron *sayonara*. Por desgracia, aquello no supuso un final feliz para nosotros, los nativos de Belitung. Nuestra tierra quedaba ocupada una vez más, si bien de un modo más «civilizado». Nos liberaron, pero aún no éramos libres.

Desde nuestro jardín se veían los muros de la Finca.

Era aburrido nuestro jardín, cubierto de arbustos, malas hierbas y flores de cayena. Nuestra valla entrecruzada, asomada sobre el borde de unas zanjas con aguas estancadas de color marrón y nidos de mosquitos, también era aburrida.

Nuestra casa, desvencijada y levantada del suelo sobre pilotes, se hallaba apelotonada en la misma zona que la comisaría de policía, el edificio de logística de la PN, varios templos chinos, la oficina municipal, la oficina para asuntos religiosos, los alojamientos para los culis del muelle, los barracones de pescadores, la torre del depósito de agua, los comercios chino-malayos, multitud de cafés *warung* —puestos callejeros tradicionales— y las casas de empeño siempre

llenas de clientes. En el límite del pueblo, arrinconada en una esquina, se encontraba la casa comunal de la tribu sawang. Aquella casa suya era muy larga, y también su historia, que prometo contarte más adelante.

Los chino-malayos, como a veces se les llama, llevan mucho tiempo viviendo en la isla. Fueron los holandeses quienes los trajeron a Belitung en un principio, como trabajadores del estaño. La mayoría de ellos eran de las etnias khek de Hakka, hokkien de Fukien, thongsan, ho pho, shan tung y thio ciu. Aquella comunidad étnica tan resistente desarrolló sus propias técnicas para la extracción manual del estaño, y los términos con los que se referían a ellas —*aichang*, *phok*, *kiauw* y *khaknai*— aún los emplean hoy en día los malayos que trabajan en las prospecciones.

En cuanto a los malayos, vivían como marionetas: controlados por un titiritero pequeño y cómico, aunque muy poderoso, que recibía el nombre de *sirena*. La quietud se hacía añicos todas las mañanas a las siete y media: la sirena rugía desde las oficinas centrales de la PN. De inmediato, los culis de la compañía surgían de todos los rincones de la aldea en pleno ajetreo para formar en fila a lo largo de la cuneta de la carretera y después saltar y amontonarse en la parte trasera de los camiones que los llevarían hasta las dragas.

El pueblo volvía a caer en el silencio, pero unos momentos después surgía una orquesta, cuando las mujeres se ponían a machacar especias. El sonido del golpeo de las manos de mortero contra sus recipientes de madera resonaba de casa en casa, pero al dar las cinco el reloj, la sirena volvía a

chillar. Los culis se dispersaban camino de casa. Y así había sido, una y otra vez, durante cientos de años.

Mi padre decía que nuestra familia era aun así afortunada.

Una de las extraordinarias cualidades de los malayos es que, por muy mala que sea su situación, siempre se consideran afortunados. Para eso sirve la religión.

Recuerdo algo que me dijo mi padre unos pocos días antes de mi primer día en la escuela:

—Hijo mío, qué pobres son las condiciones de vida de los maestros de la Muhammadiyah como Pak Harfan y Bu Mus, de los pescadores, los trabajadores del petróleo, los trabajadores del coco y los vigilantes de los diques. Has de estar agradecido a Alá por lo que tenemos.

Esa fue la primera vez que oí el nombre de Bu Mus.

Mi padre dijo haber oído que ella, la nueva y joven maestra de la Muhammadiyah, deseaba dar clase para que los niños de la aldea pudieran disponer de una educación.

Esa fue la primera vez que acepté a Bu Mus en mi corazón en calidad de heroína.

Sahara, Kucai, Trapani, Harun, Mahar y yo éramos hijos de culis de la PN. Lintang era hijo de un pescador, Borek era hijo de un vigilante de los diques, Syahdan era hijo de un calafateador de barcos, y A Kiong era hijo de un campesino chino.

Si dijésemos que mi familia y las de Sahara, Kucai, Trapani, Harun y Mahar eran la comba de la pobreza, entonces las de Lintang, Borek, Syahdan y A Kiong jugaban a saltar a la

comba. Cuando los vientos estaban en calma, obtenían un buen beneficio del marisco y del caucho extraído de los árboles, y se encontraban por encima de la cuerda, disponían de algo más de dinero que nosotros. Sin embargo, durante la extensa temporada de lluvias, se quedaban por debajo de esa comba de la pobreza y apenas se las arreglaban como los más pobres de entre los pobres de la isla.

Y a pesar de nuestros diversos grados de pobreza, había alguien que era aún más pobre que nosotros, y deseaba ser nuestra maestra. Me moría de ganas de conocer a aquella muchacha que había mencionado mi padre.

—Llamadme Bu Mus —dijo orgullosa, como si hubiera aguardado toda su vida para decir esas palabras. Era su primer día de enseñanza.

Bu Mus acababa de graduarse en la SKP (la Escuela de Formación Profesional para Señoritas), que no equivalía más que a la primera etapa del instituto. No se trataba de una escuela de magisterio, sino más bien de una institución que preparaba a las jóvenes para ser buenas esposas. Allí aprendían a cocinar, a coser y a bordar. Bu Mus estaba decidida a marcharse a la capital de nuestra regencia, Tanjung Pandan, para asistir a clase en la SKP y así poder obtener un diploma de un nivel superior al que ofrecía la escuela de primaria donde ella enseñaría.

Al graduarse en la SKP, le ofrecieron un trabajo en la compañía PN como primera secretaria del almacén de arroz, un

puesto de gran proyección. Incluso le había propuesto matrimonio el hijo del propietario de un negocio. Sus compañeras de clase por su vida que no entendían por qué había rechazado aquellas dos ofertas tan atractivas.

—Deseo ser maestra —dijo la muchacha de quince años.

No pronunció tal frase de manera desafiante, ni con entusiasmo, pero quienquiera que estuviese presente en el momento en que la pronunció sabría que Bu Mus había extraído cada letra de cada palabra de lo más profundo de su corazón, y que la palabra *maestro* hervía en su mente porque ella admiraba la noble profesión de la enseñanza. Había un gigante dormido en su interior, un gigante que despertaría cuando ella conociese a sus alumnos.

Aquella elección suya traería más adelante a Bu Mus inimaginables penurias: nadie más quería dar clase en nuestra escuela porque no había paga. Ser maestro en una escuela privada y pobre, en especial en nuestra aldea, era una profesión —según los chistes del pueblo— en la que solo se embarcaban quienes no andaban muy bien de la cabeza.

Y aun así, Bu Mus y Pak Harfan se entregaban de lleno a su papel. Y tras un día entero de enseñar todas las asignaturas, Bu Mus cosía los paños de encaje que se usan para cubrir los alimentos. Cosía hasta muy entrada la noche; ese era su medio de vida.

Nuestro eterno problema era el dinero. Era tan grave que muchas veces no podíamos comprar tiza. Siempre que esto

sucedía, Bu Mus nos sacaba al exterior y utilizaba el suelo como su «pizarra». Sin embargo, todas estas pruebas fueron haciendo de Bu Mus —de manera gradual e inesperada— una maestra joven y fuerte; es más, carismática.

—Sed puntuales al decir vuestras oraciones, y vuestra recompensa será mayor —aconsejaba.

¿No era este el testimonio inspirado por la sura An-Nisa en el sagrado Corán, cientos de veces pronunciado por cientos de predicadores en la mezquita y tan a menudo reiterado por los miembros de la comunidad religiosa? De alguna forma, cuando las pronunciaba Bu Mus, aquellas palabras eran diferentes, más poderosas, y resonaban en nuestros corazones. Sentíamos remordimientos cuando llegábamos tarde a orar.

En una ocasión, nos estábamos quejando de las goteras del techo de la escuela. Bu Mus no escuchó nuestras protestas, sino que sacó un libro escrito en neerlandés y nos mostró una imagen de una de sus páginas. Era la imagen de una habitación estrecha y rodeada de unos muros sombríos, gruesos, altos, oscuros y cubiertos de barrotes de hierro. El aire parecía viciado y rebosaba violencia.

—Esta es la celda de Sukarno en la prisión de Bandung. Aquí cumplió su condena. Sin embargo, estudió todos los días, y no dejó de leer. Fue nuestro primer presidente y una de las personas más brillantes que haya dado nuestra nación.

Estábamos asombrados. Se acallaron nuestras quejas. A partir de aquel momento, nunca volvimos a protestar por las

condiciones en que se encontraba la escuela. Una vez, llovía con fuerza y tronaba de manera amenazadora. Ríos de agua caían del cielo dentro del aula. No nos movimos un milímetro. No queríamos que Bu Mus suspendiese la clase, y ella no quería dejar de enseñarnos, de modo que estudiamos bajo los paraguas. Bu Mus se cubrió la cabeza con una hoja de plátano. Llovió sin parar durante los siguientes cuatro meses, pero no nos perdimos un solo día de escuela, nunca, y nunca nos quejamos, ni siquiera un poco.

Bu Mus y Pak Harfan eran nuestros maestros, amigos; nuestros guías espirituales. Nos enseñaron a hacer casas de juguete con bambú, nos mostraron cómo asearnos antes de la oración, nos inflaban las ruedas de las bicicletas cuando se quedaban bajas, nos enseñaron a rezar antes de ir a dormir, nos succionaban el veneno de la pierna cuando nos mordía una serpiente, y de vez en cuando nos preparaban zumo de naranja con sus simples manos. Eran nuestros héroes anónimos, príncipe y princesa de la amabilidad, pozos de sabiduría en una tierra seca y abandonada.